

otorgó á Savalls, quien adquirió grande ascendiente con el triunfo que obtuvo en Bañolas, despues de siete horas de duro bregar, en el que ambos combatientes experimentaron grandes pérdidas.

No podian continuar los carlistas siendo dueños de Olot, sin que renunciaran los liberales á dominar la mayor parte de la provincia de Gerona. Inútilmente habia intentado Campos, á fines de enero, recuperar aquella villa; dispuso ahora expedición mas formal para que fuera mas definitiva, y consiguió su objeto. Celebróse por entonces la famosa conferencia celebrada el Viernes Santo en el hostal de la Corda, á igual distancia de Olot y de Ridaura, entre Martínez de Campos, Savalls, Lizárraga y Morera, sin que lograran entenderse. Se trató de regularizar la guerra, y Campos cedió Camprodon á los carlistas como depósito de prisioneros, hospitales, etc. No dejaba esto de dar importancia á los carlistas que se atrevieron despues á atacar á Molins de Rey, y ocuparla, replegándose sus defensores á la iglesia, de la que salieron cuando la columna Chacon, organizada oportunamente en Barcelona, atacó á los invasores, y batiéndose en las calles hicieron desocupar la villa á los carlistas, que no desperdiciaron el tiempo que en la poblacion estuvieron; y á poder disponer de 48 horas, pensamiento tenian de intentar un golpe de mano sobre Barcelona, donde infundian temor sus atrevidas algaradas al llano de la capital, que no podia considerarse segura de un golpe de mano. De nuevo acudieron á los pocos dias los defensores de don Carlos á Molins de Rey, capitulando por necesidad y honrosamente los artilleros de plaza y voluntarios que se guarecieron en la iglesia y habian resistido valientes.

A ser mas los carlistas y estar mejor dirigidos, gran daño pudieron haber hecho entonces á la causa liberal; pero apenas llegaban á 8,000 infantes, con 444 caballos y 22 piezas de artillería. Con estas pequeñas fuerzas obtuvieron valiosos triunfos; mas no podian triunfar de sí mismos cediendo en sus eternas discordias. Interminables seríamos presentando las mutuas acusaciones que dirigian á don Carlos, Savalls, Tristany y Lizárraga; los carlistas mas distinguidos auguraban desastres, cuya situacion se calificaba como el período de la perdida no lejana de la causa, si pronto no se remediaba: se presentaba al ejército desorganizado por su indisciplina y desmoralizacion, negándose capacidad á su jefe; la política convertida en una terrorífica dictadura ejercida cínica y escandalosamente; la administracion económica convertida en organizado latrocinio, y «bajo el punto de vista moral, la blasfemia, el robo, el asesinato, la violacion, el adulterio y la impiedad, bajo todos sus aspectos llevada al cinismo y paseada en triunfal escándalo desde las villas y los pueblos hasta las mas solitarias cabañas.»

La conclusion de la guerra en el Centro empeoró la situacion de los defensores de don Carlos en Cataluña, convertido todo en un foco de disolucion, y por las mismas causas, por la rivalidad de los jefes, el desórden de la administracion y la indisciplina de los soldados. Sabian morir y repugnaban obedecer. Es verdad que en general no se sabia mandar. Así fué que, de todas las fuerzas del ejército del Centro, solo pasaron al Norte el batallon de Gandesa y un escuadron, porque la mitad del que iba con Dorregaray tuvo que internarse en Francia. Los demás, unos se fueron con los catalanes, y otros, aunque los menos, á las filas liberales, terminando así un ejército que tanto trabajo costó formarle y organizarle. Y la situacion de este ejército en Cataluña fué precaria, porque debió haber sido mas auxiliado de lo que lo fué y como lo encargó don Carlos á Savalls.

Despues de sostener este la accion de Breda, y diferentes pequeños encuentros favorables unos y adversos otros, sin que cedieran los carlistas en sus actos de audacia, como el de invadir 30 hombres el pueblo de San Andrés de Palomar, de 12,000 almas, cuya apatía informaba cuál era el espíritu público, la toma por los carlistas de San Martin de Maldá, las desgracias que sucedieron á este hecho, y otros que tuvieron lugar en Cataluña, no tienen la importancia que el sitio de la Seo de Urgel, cuya conquista consideró Martínez de Campos como el golpe mas seguro y decisivo para destruir á sus enemigos.

Aquella fortaleza tenia mas nombre que importancia, porque artillada con monumentales cañones grabados y cincelados por fuera y lisos por dentro, ineficaces ante la artillería moderna, carecia de poderosos medios de defensa y de las necesarias obras para la misma.

La posicion de la ciudad episcopal á la derecha del Segre, rodeada por todas partes de elevadas montañas, próxima la inmensa sierra del Cadí, que esconde en las nubes sus gigantescas moles, y defendida solo por una vieja tapia aspiellada, no podia ofrecer gran resistencia. Habia que limitar esta á tres fuertes que, á modo de centinelas, se ostentan en igual número de cerros de una pequeña cordillera. La ciudad en el llano, y en el monte los fuertes dominándola y amenazándola, es tan insignificante la importancia de aquella como grande el interés de ellos. Eran estos la Ciudadela, el castillo y la torre de Solsona, unidos entre sí por un camino que habia sido cubierto; y en un declive entre la Ciudadela, y el castillo, se sienta el desventurado Castellciutat, que si la paz permitia construir moradas hasta las paredes de los fuertes, la guerra las destruyó.

A su espalda y de los fuertes y á tiro de fusil de ellos, se levanta la sierra del Cuervo que los domina, y los posee el que se hace dueño del Cuervo. Así como los antiguos, tampoco se habian cuidado los liberales de erigir en aquella sierra un fuerte que defendiera los otros tres, y los carlistas no quisieron hacer mas que sus antecesores. Así que, cuando llegó el sitio, esta posicion tan interesante no tenia mas que una mala torre con un par de cañones para su defensa, ni contaba con otra obra de fortificacion que unas cuantas zanjas abiertas en ella por los prisioneros de Nouvilas.

Encomendada á Lizárraga la defensa de la Seo y sus fuertes, no fué acertada su direccion, ni introdujo el órden tan necesario, dada la confusion que en todo reinaba, y las obras que habia necesidad de hacer.

Conocia el jefe carlista el propósito de Martínez de Campos y sus aprestos; pero confiaba en que las fuerzas de Savalls y de Dorregaray no le dejarían pasar por los terribles desfiladeros que tenia que atravesar, habiendo sitios donde bastaban dos compañías para contenerle, y que, aun pasando, habia de establecerse en una zona alejada de su base de operaciones, en un país escaso de toda clase de recursos, y donde las fuerzas carlistas podian fácilmente cortarle las comunicaciones y sitiarse: esto, y el que la artillería de sitio solo podia ir por Francia, le hacia considerar irrealizable el intento del jefe liberal. Sin embargo, Lizárraga se encontró sorprendido al ver á sus enemigos enfrente, cuando Savalls sitiaba de nuevo á Puigcerdá.

Venciéndose no pocas dificultades se estableció al fin el sitio, y á las cuatro de la tarde del 21 de julio gritó el centinela carlista del Macho *¡ya están ahí!* Comenzó el fuego por una y otra parte; sitiados y sitiadores emprendieron importantes trabajos, trabáronse combates parciales; abandonaron y bombardearon los carlistas la ciudad; al insoportable calor del 1.º de agosto se añadió desde el amanecer un terrible cañoneo, avanzando los sitiadores la batería de la ciudad hasta las Taulerías para batir á Solsona casi á boca de jarro, á 400 metros; Lizárraga concentró sobre esta batería casi todos los fuegos, disparando con febril precipitacion cañones, obuses y morteros; aparecieron nuevas baterías sitiadoras; se desfogaron las piezas de Taulerías; aunque desmantelada la fortaleza resistieron valientes sus defensores, decididos á volarla antes que abandonarla; sucedió un gran silencio al anterior pelear; continuó el cañoneo los dias siguientes; á los contratiempos que iban experimentando los sitiados se añadió el de acabarse las espoletas para granadas Krupp por lo que arrancaban las de las granadas que les tiraba el enemigo y no reventaban, las arreglaban y se las devolvian con nuevas granadas.

Señalado el dia 11 para el combate general, los cañones sitiadores arrojaron proyectiles con celeridad vertiginosa, envolvieron en fuego á los sitiados, y aunque la artillería de estos hizo heroicos esfuerzos para contrarrestar á la enemiga, era abrumadora la superioridad de esta: resistieron bravamente los carlistas el ataque de las columnas á las posiciones del Cuervo, de las que se apoderaron al fin con pérdidas sen-

sibles, y estos nuevos poseedores del Cuervo se acercaron á Castellciutat, les cogieron al descubierto desde San Pablo y les ametrallaron los carlistas: al mismo tiempo era atacada la torre de Solsona, que aunque heroicamente defendida, cayó en poder de los liberales; produjéronse grandes incendios en Castellciutat, aumentándose los horrores de aquel infausto dia, en el que atemorizados corrian los desgraciados habitantes de la poblacion al ver sus casas destruidas, buscando un refugio que pedian con gritos y lágrimas las mujeres y niños, negándose los carlistas á abrir las puertas de los fuertes. En los dias 12 y 13 continuó horroroso el cañoneo, causando el de los sitiadores grandes destrozos en la ciudadela y castillo; alentó á los sitiados la esperanza de ser socorridos el 14, cuya esperanza renació el 16 al atacar Castells las baterías de la Sierra de Navinés, intentando sorprenderlas suponiéndose amigos, obteniendo al principio algunas ventajas contraestadas á poco por los liberales; continuó el 17 el bombardeo causando grandes destrozos é incendiándose de nuevo Castellciutat, cuyo fuego apagaban los mismos proyectiles enemigos, pues las bombas derribaron las casas que ardian; se hizo despues mas lento el fuego de los sitiadores porque estando en el puerto de Barcelona el vapor *Exprés* cargando municiones para el sitio, que debia conducir á Cete y de aquí á la Seo, se produjo una voladura que inutilizó el cargamento, causó muchas víctimas y dejó con grave escasez de municiones á las piezas de sitio; disminuyéronse las fuerzas sitiadoras por hacer falta en otros puntos; no dieron resultado los trabajos de mina que se practicaron; mas efecto produjo á los carlistas una bomba que penetró por la chimenea del cuartel, lleno de gente, y aunque no causó mas que dos muertos y siete heridos, la impresion fué grande, y el estado de los ánimos, la escasez de agua, las deserciones diarias de Castellciutat y no pocas murmuraciones de los menos decididos obligaron á Lizárraga á infundir una confianza que él mismo no tenia: predió el Obispo, y aquellos carlistas impresionables se entusiasmaron, y se empezaron calurosamente los trabajos de reparacion. No impidió esto que aumentaran las deserciones en Castellciutat, de la que se apoderaron los liberales; sin ella no habia agua, ni comunicacion entre el castillo y la ciudadela, ni esperanza de salvacion: en aquel no existia agua mas que para dos dias y en aquella para cuatro; esto avivó el esfuerzo de Lizárraga; alentó á todos dando el ejemplo; ordenó incendiar el pueblo para caer sobre el enemigo; ardió á poco la poblacion por dos partes, sosteniendo sitiados y sitiadores terrible cañoneo; intentaron estos á la vez asaltar la ciudadela por la lengua de la Sierpe, mas estaban aquellos prevenidos y castigaron duramente el intento.

Con Castellciutat en poder de los liberales, estaban imposibilitados los carlistas de coger agua del Balira, y esto que empeoraba su situacion fué aprovechado por los que tenian interés en sembrar la desconfianza é introducir la discordia, empezando varios soldados á hablar de capitulacion: conjuró Lizárraga la tormenta que se iniciaba; arreció el bombardeo produciendo nuevos incendios en Castellciutat, convertido en montones de ruinas, y sosteniéndose valientes los liberales que apenas tenian ya donde guarecerse decidióse al amanecer arrojarlos á bayonetazos, y efectuóse una salida sin éxito, á pesar de los actos de heroísmo que ejecutaron algunos.

Tenaz la resistencia de la Ciudadela y Castillo, se preveia un sitio largo y difícil, lo cual originó algunos telegramas de Campos, que causaron en los que los conocieron, impresion triste. Se vislumbraba la necesidad de levantar el sitio, y la probabilidad de perder algunos cañones, y cuando mas se arraigaba esta conviccion, se presentaron los primeros parlamentarios, no enviados por Lizárraga: este se vió obligado á una capitulacion que deseaban sus subordinados, y que iba siendo una necesidad por el estado ruinoso é insostenible del fuerte y el abatimiento de los ánimos; y á pesar de todo, los sitiados, sin agua, pasaron 24 horas de suplicio con la esperanza de socorro, no queriendo rendirse, para lo cual pidieron ese tiempo de plazo. Se convencieron al fin que nada podian esperar: no era posible resistir mas; la sed y el hambre habian producido general desfallecimiento, y el 26 se firmó la capitulacion. Al dia siguiente desfilaron los capitulados, batiendo

marcha, con las banderas desplegadas, las armas terciadas y las frentes erguidas. Al llegar á la puerta de la Princesa dejaron las armas en pabellones y quedaron prisioneros el Obispo, Lizárraga, 148 jefes y oficiales, 877 individuos de tropa y 108 heridos: 300 carlistas menos de los que empezaron el sitio, incluidos los desertores, que fueron unos 130.

Savalls culpó á la diputacion catalana de no haber podido socorrer á los sitiados en la Seo, por faltarle recursos y municiones; pudo sin embargo haber hecho mas de lo que hizo, por lo cual fué destituido y sumariado, reemplazándole Castells en el mando, ó mas bien, como nos escribe el mismo Castells, «quedó encargado de dar sepultura á un cadáver, pues no era otra cosa el ejército en aquel entonces.» Con sus escasas fuerzas, Castells sorprendió el 31 de agosto en Agramunt á la columna Enrile compuesta de unas 7 compañías de infantería y 2 escuadrones, aunque no tan completamente que no diera tiempo á que se opusiera alguna resistencia: vencida por los carlistas, apoderáronse estos de 114 prisioneros, despues de resultar algunos muertos y heridos.

Entregado por Savalls el mando á Castells, subió á Ripoll á pedir recursos y municiones á la diputacion, dispuesto á fraccionar sus tropas en partidas y empezar la guerra de guerrillas; pero estaba la diputacion amilanada; y alentado ó iracundo Savalls atacó á una columna para obligarla á tiroearle y recoger luego las vainas á fin de hacer cartuchos, de que carecia: al cabo de 5 horas de fuego, pudo recoger 39,000 de aquellas, que rellenas en seguida fueron los únicos cartuchos que tuvo.

El ejército liberal de Cataluña constaba entonces de 53,000 hombres y 68 piezas de artillería. Distribuyó Campos convenientemente estas fuerzas, á fin de chocar constantemente con el enemigo y quebrantar mas su moral, se empeñaron varias acciones, mereciendo citarse las de la Nau, Montesquiu y la Sellera, menudearon las presentaciones á indulto, las rondas y las guarniciones de los puntos fortificados hacian salidas á 4 y 5 leguas de distancia, dominando el país: se ocuparon puntos importantes, se fortificaron otros, se armó á los liberales del Ampurdan y de la marina, y pudo Campos presentarse de improviso con asombro de sus habitantes, en poblaciones como Ripoll, con solo su escolta y Estado Mayor, y procedente de Prats de Lluçanés y de San Quirze de Besora, territorios completamente dominados antes por los carlistas.

Inevitable la disolucion del ejército de don Carlos en Cataluña, prefirieron millares de carlistas emigrar á acogerse al generoso indulto que se les otorgaba. Boet, ostentando excelentes cualidades militares, conservó mas tiempo los batallones aragoneses; pero tuvieron que penetrar en la vecina república, despues de efectuar hábiles movimientos y sostener varios combates.

Todo esto hacia mas crítica la situacion de Castells, que habia hecho frente á Chacon en el puente de Miralles, cerca de Berga; pero acosado siempre por 10, 12 y hasta 16 columnas, tuvo que dividir sus fuerzas, esquivar los encuentros, y uniéndolas oportunamente caer sobre sus enemigos, como lo hizo el 20 de octubre en Espinalvet, atacando al batallon de América y destrozándole; poco despues efectuó una sorpresa en la Pobra de Lillet, obligando á rendirse á unos 125 hombres de la reserva de Barcelona; mas tales triunfos no podian evitar la descomposicion del ejército carlista en Cataluña. Presentábanse á indulto muchos jefes, emigraban otros, expuso la diputacion á don Carlos la triste situacion que allí se atravesaba, y la hizo mas triste y crítica el somaten general que dispuso Martínez de Campos, en el que tomaron parte todos los pueblos, siendo inútiles los esfuerzos de Castells para impedir sus efectos, aun amenazando con fusilar al que le dispusiese en cada pueblo, y que por cada carlista que se matase pasaria por las armas á dos vecinos liberales: tuvo que penetrar en Francia con Moore y algun otro. Así pudo anunciar el jefe liberal la conclusion de la guerra civil en Cataluña, para lo que le auxiliaron casi todas las poblaciones.

Con mas ilusiones que verdadero conocimiento de los hechos no se consideró perdida la causa carlista en el Centro ni en Cataluña, y se confririeron plenos poderes á Tristany, á Marco, á Segarra y á Boet; mas pronto se convencieron de la

inutilidad de sus esfuerzos; no era posible renovar la guerra: nada más elocuente que las sentidas comunicaciones dirigidas á don Carlos pintándole la desesperada situación de la causa carlista en el Centro y Cataluña, cansados y esquilma-dos los pueblos, diciéndose en algunas, con mucha razón, que la mayor parte de los jefes carlistas mas habían hecho la guerra al país que al enemigo.

Grandes elementos había reunido el carlismo en el antiguo Principado catalán, muy superiores á los de la guerra de los siete años; pero ahora, como entonces, adolecieron los catalanes de ese espíritu de independiente insubordinación que esterilizaba su gran valor, sus excelentes cualidades militares, su entusiasmo, sus sacrificios y hasta la propia sangre que derramaban, y de la que tan pródigos se mostraban. No carecía el carlismo de partidarios entusiastas, sí de dirección acertada. No tenía tampoco razón de ser la causa carlista; de aquí los medios que se pusieron en juego para alucinar á aquellos valientes é indómitos catalanes, cuya altiva independencia se doblegaba á una seducción fementida, prestándose á ser serviles instrumentos de las tendencias más opuestas á su carácter y á sus sentimientos. Se explotaba su ignorancia.

CAPITULO V

Operaciones militares en el Norte hasta la conclusión de la guerra.

Personificada la restauración en don Antonio Cánovas del Castillo, á quien don Alfonso tenía confiados sus poderes, nombró aquel un ministerio-regencia por él presidido y compuesto de los señores Castro, Cárdenas, Jovellar, Salaverria, Romero Robledo, Ayala y marqueses de Molins y de Orovio; confirmó este gobierno el joven monarca y ratificó las opiniones consignadas en su manifiesto, afirmando su lealtad para cumplirlas, y sus «vivísimos deseos de que el solemne acto de mi entrada en mi querida patria sea prenda de paz, de unión y de olvido de las pasadas discordias, y como consecuencia de todo ello, la inauguración de una era de verdadera libertad, en que aunando nuestros esfuerzos y la protección del cielo, podamos alcanzar para España nuevos días de prosperidad y grandeza.» Regresó don Alfonso á Madrid por Barcelona y Valencia: fué ostentosa su entrada en la corte; solemnizó su elevación al trono con un acto de clemencia en favor de sentenciados por delitos comunes, é impaciente por tomar parte en las operaciones militares, corrió á ponerse á la cabeza del ejército del Norte.

Aunque en el ministerio-regencia había personas que tanta y tan activa parte habían tomado en la revolución de setiembre, no correspondieron sus actos con sus antecedentes, y obraron como encarnizados enemigos de la revolución, de todos sus actos y aun de las personas.

Nuevamente organizado el ejército del Norte, en él fijóse la atención pública.

Codiada por los carlistas la ciudad de Pamplona, sufría ya largo asedio, en el que consumieron todos los recursos, aunque de 22,000 almas habían quedado reducidas á poco más de 16,000; se agotó la carne hasta para los enfermos; aumentándose las necesidades y no viéndose el fin de ellas, se mandó salir de la ciudad á todos los que no tuvieran medios conocidos de subsistencia; y la ley de la necesidad que fuerza á las cosas más involuntarias, obligó á la autoridad á mandar que evacuaran la plaza, en perentorio término, todos los que recibían socorro de la Casa de Misericordia, que eran muchos cientos de personas, ciegos, cojos y pobres de solemnidad. Aun era todo esto insuficiente, y necesitándose apelar á medidas extremas, se pensó en expulsar de la ciudad á casi todo el vecindario: cuando iba á ordenarse esta determinación se levantó el sitio.

Acababa de comenzar el duque de la Torre las operaciones que habían de llevar el ejército á Pamplona, cuando las suspendió la restauración de la monarquía. Empeorando la situación de la capital de Navarra, se determinó salvarla, aumentándose considerablemente el ejército del Norte, el más numeroso que España había puesto en campaña, lo cual probaba los elementos que allegó el gobierno provisional, con

los que confiaba terminar la guerra. Deseando el Rey mandarlo, revistó en los llanos de Peralta 40,000 hombres de todas armas; dirigió palabras de paz á los vascos y navarros, y de aliento y esperanza á las tropas; al día siguiente, 24 de enero, se reunió bajo la presidencia de S. M. consejo de generales, explicando el jefe de E. M. señor Ruiz Dana sobre el mapa, el plan acordado anteriormente en Castejón; se rectificaron algunos detalles, redactó el mismo Dana las instrucciones que se habían de observar para las operaciones contra las líneas carlistas del Carrascal, y se emprendieron en seguida marchando Moriones desde Tafalla á San Martín de Unx, para envolver la izquierda carlista, ocupando el 1.º de febrero los montes de Avinzano é Izco, cuyas trincheras abandonaron los carlistas al ver los movimientos envolventes de sus enemigos. Pero no era aquí donde prevenían las instrucciones se quedara Moriones, sino que avanzara «hasta coronar la posición y alturas del valle de Unciti, hasta el río Irati.»

El segundo cuerpo, que mandaba Primo de Rivera, cumplió con exactitud cuanto se le previno: tomó por sorpresa la ermita de San Cristóbal; las posiciones del monte Esquinza fueron conquistadas sin resistencia por abandonarlas sus defensores; se ocupó sin dificultad Oteiza y los pueblos de Lorca y Lácar sin más que un ligero combate de tiradores y algún disparo de cañón. El tercer cuerpo, que guiaba Despujols, siguiendo las instrucciones, atacó las posiciones de Anorbe y Tirapu, que eran su objetivo; pero no pudiendo adelantar más su artillería montada, la retiró á Artajona, y con la de montaña y la infantería se sostuvo en sus posiciones, llamando sobre sí la atención de los carlistas, retirándose al oscurecer á Artajona, no pudiendo cumplir las instrucciones por las muchas fuerzas enemigas que cayeron sobre esta división, la más débil del ejército.

El primer cuerpo debía seguir el 2 la marcha en dirección de Astrain que era su objetivo, pues á este movimiento estaban subordinados los de los demás cuerpos; pero en vez de hacerlo así marchó desde Noain á Pamplona, cuya marcha no estaba indicada ni era necesaria, pues para ir á Astrain, se formaba desde Noain un triángulo, cuyo vértice era Pamplona, y siguiendo de Noain á Astrain se trazaba una recta de mucho menos de la mitad de distancia. La no ocupación de Astrain en aquel día tuvo terribles consecuencias. Por de pronto se dejó á los carlistas expedito el paso del Arga por los puentes allí próximos, y esto les permitió salvar su artillería, salvación que consideraron como milagrosa.

No sabiéndose nada, en la madrugada del 3, del primer cuerpo, se paralizó el movimiento de avance. Moriones ocupó en este día Astrain, sabedor del abandono de las líneas del Perdon por los carlistas; mas ni tampoco se cumplieron entonces las instrucciones que marcaban que por el Perdon se pusiera el primer cuerpo en comunicación con el tercero, aun cuando el enemigo se hubiera retirado. Retrasáronse ó se esterilizaron las operaciones de los demás cuerpos, y el Rey efectuó desde Oteiza una exploración á su frente: los cañones carlistas de Arandigoyen le advirtieron lo temerario de seguir adelante; se presentó en monte Esquinza, alojándose en la ermita de San Cristóbal, donde pernoctó en la noche del 2 y se vio tiroteado en la madrugada siguiente por los carlistas, que causaron algunas bajas de los que al lado de don Alfonso estaban.

En cuanto Mendiri supo que los liberales eran dueños de Esquinza, vió destruidos todos sus planes, insostenible su posición en Puente y valle de Ilzarbi; corrió á exponer á don Carlos lo que consideraba más oportuno, se dispuso la retirada de todas las fuerzas sobre Cirauqui, lo cual no solo disgustó sino que indignó á los carlistas, arrojando muchos el fusil para marcharse á su casa; se suponían traiciones, se llevó el pánico á Estella, cortadas las comunicaciones con la corte de don Carlos y el cuartel general, el pavor embargaba todos los ánimos, y escribía un jefe carlista: «Si los generales Despujols y Primo de Rivera nos atacan en Cirauqui, cuando los navarros decían que habíamos sido vendidos, concluye la guerra.»

Acordes don Carlos y Mendiri en hacer un supremo esfuerzo, se ordenó un rudo ataque á Lácar, efectuado con tan

FACSIMILE DEL ACTA DE LA CONFERENCIA EN LA CUAL RECONOCIÓ EL GENERAL CARLISTA CABRERA A DON ALFONSO XII COMO REY DE ESPAÑA

La celebridad adquirida en la primera guerra carlista por el general D. Ramon Cabrera, así como la trascendencia que su reconocimiento al rey D. Alfonso XII tuvo para la más pronta terminación de la segunda, nos han movido á publicar el facsimile del expresado documento, cuyo original conserva en su poder el Sr. D. Antonio Pirala, quien ha tenido la condescendencia, que le agradecemos en extremo, de facilitarnos su reproducción.

Habiendo publicado en otra lámina el facsimile de las dos principales páginas del Convenio de Vergara que sirvió de remate á la primera de las citadas guerras, creemos que no holgará en la presente obra la copia de la referida acta, preludio de la conclusión de la segunda, con lo cual habremos logrado reunir en nuestra edición de la *Historia de España* la copia fiel de dos importantísimos documentos históricos relacionados con nuestras discordias civiles del presente siglo y en los cuales aparecen estampadas las firmas de los dos caudillos que más notoriedad é influjo alcanzaron en sus respectivos y opuestos partidos.